

de Castilla se habian contentado antes de él, hizo suceder el de Magestad, reservado hasta aquella época á los Reyes de Francia y de Inglaterra.

24. Mientras que la dominacion de Cárlos de Austria se estendia así en todas las regiones que alumbraba el sol, el espíritu de secta y de rebelión, por no haber sido reprimido en tiempo oportuno, causó el estrépito funesto que trastornó hasta los fundamentos del imperio germánico, y que separó de la Iglesia tanto número de naciones. Habiendo sido inútiles las solicitudes del Papa para contener los progresos que iba haciendo la heregía, y refrenar al perturbador herético de Alemania, y usando en fin de los últimos remedios para impedir á lo menos los daños de la seducción, publicó en 15 de Junio de 1520 una bula, dispuesta con toda la circunspeccion posible (1). Al paso que condenaba en ella hasta cuarenta y un artículos erróneos, tenia todavía la política de no nombrar la persona del heresiarca. Se le concedia el término de sesenta dias para mostrar su arrepentimiento: despues del cual, no habiendo satisfecho, debia incurrir en las censuras y en las penas establecidas contra los hereges.

Es conveniente dar á conocer ante todo los principales artículos que juzgó el Papa deber condenar espresamente en el cúmulo enorme de dogmas de Lutero. Véanse aquí en substancia sus dogmas: es una heregía bastante comun sostener que los sacramentos de la nueva ley confieren la gracia santificante

(1) Bull. t. 1. Leon. X. Constit. 40.



á los que no la oponen obstáculo. Es injuriar á San Pablo y al mismo Jesucristo, el creer á un niño sin pecado despues que ha recibido el bautismo. El fomes del pecado, sin pecado alguno actual, basta para impedir á un alma la entrada en el cielo, al tiempo de salir del cuerpo. La contricion que se adquiere por la consideracion de las penas del infierno y de la pérdida del cielo en que se incurre por el pecado, solo sirve para hacer al hombre hipócrita, y mas grande pecador. Al recibir la absolucion, creed que sois absueltos, y lo sois en realidad, sea cual fuere vuestra contricion, aun cuando el sacerdote os hubiese absuelto con poca seriedad, y aun por pura burla. La mejor y mas eficaz penitencia consiste en hacer una vida nueva, y en no hacer mas el mal que se hacia: cuando no se halla sacerdote que absuelva, cada fiel, y aun una muger ó un niño, pueden egercer esta funcion. La fe sola, en los que se acercan á la Eucaristía con una entera confianza de recibir la gracia, los hace puros y dignos de participar del fruto de este sacramento. Es engañarse el creer que las indulgencias son útiles á la salvacion: no son mas que unos embustes piadosos que dispensan á los fieles de hacer buenas obras. Es necesario enseñar á amar las excomuniones, mas bien que á temerlas. Jesucristo no ha establecido al Papa por su Vicario en todas las iglesias. Ni el Papa ni la Iglesia tienen potestad de establecer artículos de fe, ni leyes concernientes á las costumbres y buenas obras. Hay un medio para juzgar de las actas de los concilios, y contradecirlas

libremente. Algunos de los artículos condenados en Juan Hus, por el concilio de Constanza, son muy verdaderos, muy ortodoxos y del todo evangélicos. La existencia del purgatorio no puede probarse por libro alguno de la Escritura que sea canónico. El mismo justo peca en todas sus obras por bien hechas que sean. El libre albedrío no es mas que un nombre vano despues del pecado. Es ir contra el orden de la Providencia el combatir contra los turcos, de los cuales se vale para castigar las iniquidades de su pueblo.

25. Si hubo jamás materia de condenacion, fue ciertamente todo este fárrago monstruoso de proposiciones heréticas, escandalosas, blasfemas, dirigido á la subversion de todo el cristianismo, y aun substituyendo á la mas justa política un fanatismo necio, que habria hecho del pueblo cristiano el juguete de los infieles. Sin embargo, luego que la bula hubo llegado á noticia del autor, y sobre todo, cuando despues de una dilacion triple de la que se le habia concedido para reconocerse, fue pronunciada sentencia de condenacion contra su persona y escritos, desapareció el piadoso sacerdote, el humilde religioso, el fiel sumiso que solo deseaba instruirse; y se vió en él un frenético, un energúmeno irritado con el exorcismo, si puede decirse así, una bestia feróz que se vuelve contra la luz que brilla sobre su cueva. Un diluvio de escritos llenos de sarcasmos é insultos salió de su pluma, empapada en la hiel y en el cieno mas infecto (1). Calificó la bula que le condenaba de execrable

(1) *Bossuet. Variat. l. 1. n. 24. = Luth. t. 1. p. 56. 88. 91. 407. &c.*

produccion del Anticristo; y pasando de la injuria al atentado, del mismo modo que ellos me escomulgan (dijo teniéndose en su delirio por Pontífice supremo) los escomulgo yo tambien reciprocamente. Luego que quemaron sus escritos en Roma, hizo quemar la bula y todas las decretales en Witemberg, diciendo seria de desear que se egecutase otro tanto con la misma persona del Papa, ó á lo menos con la Cátedra Pontificia. Si el Papa no viene á razon, añadió, acabó la cristiandad: oprímase inmediatamente al vándido de Roma, ó huya el que pueda á las montañas. Es un lobo animado por un demonio: es preciso, sin aguardar sentencia de juez, ni autoridad de concilio, reunirse en todos los pueblos y aldeas, y arrojarle sobre él sin darle tiempo de que se recobre. Nada importa que los Reyes y los Césares tomen las armas en su defensa: el que hace la guerra á las órdenes de un salteador, debe verla como él, convertirse en su propio daño. En una palabra, quien hubiese creido á este impostor, todo lo habria llevado á fuego y sangre, formando una vasta hoguera en que el Papa y todos los Príncipes que le sostenian quedasen confundidos. Y lo que debe observarse para precaverse eternamente contra las seducciones de la novedad, es; que todos los escesos que acabamos de ver, eran otras tantas conclusiones teológicas que Lutero sostenia como principios de fe. No era ya un simple declamador que en el calor de sus invectivas dejaba caer ciertas proposiciones arriesgadas, sino que era un doctor que parecia disertar á sangre fria, y que

erigia en máximas hasta sus furoros. La mas violenta de las obras que dió entonces á luz pública, fue su libro del cautiverio de Babilonia, en que representa á la Iglesia oprimida por los Papas, como en otro tiempo la nacion judaica por los babilonios.

Sin embargo, no era posible que este miserable, educado y nutrido largo tiempo en los buenos principios, gozase de tranquilidad en su apostasia. Las agitaciones del orgullo por una parte, y por otra las reliquias de la fe, le despedazaban cruelmente en su interior. La autoridad de la Iglesia hacia en él una impresion, cuya pintura trazada por el mismo, escrita no sé qué sentimiento mezclado de horror y de compasion. Despues de haber superado, dice (1), todos los demás argumentos, resta uno por último, del que no puedo triunfar sin un trabajo estremado, y á costa de crueles angustias: este consiste en que es necesario escuchar á la Iglesia; pero al cabo consiguió abandonar la gracia que con sentimiento, por decirlo así, desamparó á este obstinado. Para colmo de la ceguedad, miró este abandono como una gracia de las mas preciosas, y atribuyó formalmente á la mediacion de Jesucristo la fuerza de resistir á su Iglesia. Despues de esta penosa victoria, esclamaba en el gozo de su funesto triunfo (2): *rompamos sus lazos, y sacudamos su yugo*, haciendo así uso de las mismas palabras que pone el salmista en la boca de los impíos, conjurados contra el Señor y contra su Cristo. Con un maestro tan desenfrenado, no tuvieron los

(1) *Præf. oper. Luth. t. 1. fol. 49.* (2) *Ibid. fol. 63.*

discípulos reserva alguna. Los escesos que debian desalentarles escitaron su admiracion, y la emulacion mas viva. Enagenados muchos al oírle, se propagaron increíblemente el error y el entusiasmo, y bien presto pueblos enteros le miraron como á un profeta suscitado para la reforma del género humano.

Entonces se atribuyó una vocacion divina é inmediata (1). En una carta que dirigió á los obispos falsamente llamados así, segun él dice, se llama: Martin Lutero, por la gracia de Dios, *Eclesiastés de Witemberg*, y lleno de igual desprecio hácia los obispos que hacia Satanás. Título, proseguia, recibido, no de los hombres, ni por el hombre, sino por el don de Dios, y por la revelacion de Jesucristo: título substituido al carácter de la bestia que tantas bulas y anatemas han borrado en mí: título, todavía demasiado modesto, pues pudiera llamarme con igual razon evangelista por la gracia de Dios, y por tal me tiene infaliblemente Jesucristo. En virtud de esta mision, este nuevo Pablo, llamado, como él dice, tan inmediatamente y tan estraordinariamente como el Apóstol, se metió á ordenarlo todo en la Iglesia. Visitaba, corregía, suprimia la mayor prte de las ceremonias, adoptaba algunas, instituia ó deponia ministros. Siendo simple sacerdote, se atrevió, no digo á conferir el sacerdocio, cuyo hecho por sí solo habia sido un atentado inaudito hasta entonces, sino á ordenar un obispo. Habiendo invadido el obispado de Naumbourg la secta sediciosa, se transfirió á aquella ciudad

(1) *Tom. 2. fol. 305.*

el nuevo eclesiastés; y por una consagracion solemne, instituyó obispo de ella á Nicolás Amsdorf, á quien ya habia establecido pastor de Magdebourgo. De esta manera el nuevo evangelista, el estraño apóstol, en virtud de su mision estraordinaria, y sin mas fundamento que su conducta desordenada, conferia, no la simple comision de pastor que Amsdorf tenia ya, sino el supremo y sagrado carácter que él mismo no tenia.

Habia drecho, sin duda, para pedirle señales de su apostolado, y los milagros de primer orden eran las únicas proporcionadas á la sublimidad de un título emanado inmediatamente de Dios. Él mismo reconocia, segun los principios en que habia sido educado, y á los cuales volvia á menudo á pesar suyo, que Dios se declaraba por medio de semejantes señales cuando queria mudar alguna cosa en la forma ordinaria de la mision (1). Así pues, no le faltaban títulos y milagros, ya para establecer su vocacion fanática, ya para justificar hasta su desercion del claustro, que pretendia igualmente estar autorizada por Jesucristo. ¿Mas cuáles eran estas señales y milagros? Eran la audacia y el éxito inesperado de sus atentados: eran, como él se esplicaba en su frenesí, el que un frailecillo se hubiese atrevido á hacer frente al Papa, manifestándose intrépido delante de todas las potestades, y atreviéndose á penetrar en sus fuertes y castillos, con peligro de hallar en ellos tantos diablos como

(1) *Sleid. l. 52. p. 63.*

tejas en los tejados. Gloriábase de haber él solo hecho mas mal al Papa, que el que podria haberle causado el mas poderoso potentado con todas las fuerzas de su imperio: de haber asolado sin el ausilio del fuego y del hierro, casi todos los monasterios, por la virtud de su pluma ó de su palabra: moderacion que reputaba perfectamente evangélica, y de cuyos límites se escedió tan amenudo (1). Cuando le hablaron de obedecer á la citacion de la corte de Roma, á lo menos para dar en rostro á sus enemigos; espero, respondió, para comparecer, verme seguido de veinte mil hombres de á pie y de cinco mil de á caballo: entonces sabré hacerme dar crédito. ¡O qué asombro no causan las sediciones, los robos, las guerras bárbaras y tantos escesos, frutos fatales de este nuevo Evangelio! El heresiarca y sus mas célebres discípulos despues de él, decian claramente que era necesario derramar sangre para establecerle. Así se veía, dice Erasmo (2), este pueblo evangélico, tan pronto á combatir como á disputar, y siempre dispuesto á correr á las armas. Su solo aspecto al salir de sus sermones, su aire feróz y sus miradas amenazadoras, anunciaban la invectiva y la sedicion que respiraban.

No nos atrevemos á referir las bufonadas tan bajas como insultantes de que este heresiarca atrevido llenaba, tanto sus escritos, como sus discursos (3). Tenia continuamente en la boca los nombres del Papa

(1) *Adv. Antich. t. 11. fol. 9.* (2) *Erasm. Epist. p. 2033.*

(3) *Advent. Pap. t. 7. fol. 45^r. et seq.*

y del diablo, confundiendo al uno con el otro; y sus agudezas trivialísimas estaban sazonadas de equívocos miserables, de truanadas insípidas, groseras, obscenas y displicentes, tales en una palabra, cuales se encuentran en la boca del mas vil populacho. El Papa, decia, está tan lleno de diablos que los escupe, los echa por las narices, los.... no acabemos, y avergoncémonos de un reformador que repitió treinta veces lo que nosotros no nos atreveríamos á proferir. Pasemos, si es posible, á materias menos enfadosas; pero despues del nombre del diablo, los de asno, ó de borriquillo, eran los mas dulces que daba al primer Pontífice. Mi papita, mi borriquillo (decia en sus momentos de serenidad), camina despacio, la senda es resbaladiza, te romperias una pierna, te ensuciarías á lo menos, y dirían: ¿qué diablo es este? Se dirá: es una papalina eternamente sucia. Un asno sabe que es asno (proseguia, divirtiéndose con las gracias que le eran propias), una piedra sabe que es piedra; mas los asnos papalinos ignoran que son asnos. Mudando luego de estilo, y dejando correr la finura de su gusto y de sus juegos de palabras, en lugar de los términos *Celestissimus* y *Sanctissimus*, que son de estilo para espresar la elevacion de la dignidad Pontificia, calificaba al Papa de malvado y de satanás, *Scelestissimus Satanissimus*. Concluyendo, en fin, con el colmo de la estravagancia y de la impiedad: si yo fuese Señor del imperio, esclamaba, haria un fardecito del Papa y de los cardenales para arrojarlos juntos en el pequeño foso que llaman mar de Toscana.

Este baño le seria muy saludable, de lo cual doy por garante.... ¿lo acabaré de decir? Sí, porque nada confunde mejor al impío que las producciones de su impiedad; de lo cual doy por garante á Jesucristo.

¿Nos admiraremos despues de esto de que aquel frenético profetizase la ruina entera del Pontificado, sin darle mas que dos años de existencia? Tal era el término en que el reino del Anticristo, que decia ser el del Papa, debia desplomarse de un golpe por el soplo de Jesucristo; es decir, por la predicacion de su nuevo apóstol, que dirigia á su arbitrio aquel soplo terrible, y cuya oracion, como él se esplicaba tambien, no era el rayo vano del Salmoneo, que pudiesen despreciar los Príncipes mas poderosos sin que fuese en su propio daño. Infatuado Lutero de su saber y de la grandeza de su talento, que se puede apreciar por lo que de él acabamos de producir, condenaba el testimonio unánime de los padres y de toda la antigüedad, cuando lo hallaba contrario á sus aserciones. Fiaos en adelante (dice en tono irónico y blasfemo en su tratado del siervo arbitrio), fiaos todavía de los santos padres, despues de haber visto á todos dejar á San Pedro, y confundidos con el sentido carnal, substraerse como de propósito de los rasgos luminosos de aquel astro de la mañana (1). Por enormes que parezcan estos escesos de Lutero, no son, sin embargo, mas que el débil bosquejo de un cuadro que la dignidad de la historia, así como nuestra

(1) *Luth. t. 2. fol. 480.*

compasion por los hermanos engañados, se resisten á presentar en toda su deformidad. ¡Ojalá nos hubiese sido posible escusarle aun esta ligera humillacion! Pero los males se curan por sus contrarios, y son pocos los remedios eficaces sin alguna amargura. En cuanto á nosotros, reconocemos que nuestra fe es el fruto de la gracia; y bendecimos eternamente al Señor por habernos preservado de los engaños que han tenido, y conservan todavía para pueblos enteros, sembrados de ingenios del primer orden, todos los encantos de la seduccion.

26. Habiendo la potestad eclesiástica pronunciado sentencia contra la heregía y contra el heresiarca, faltaba que la potestad temporal pusiese en egecucion este juicio. Celebrándose en Worms la dieta imperial que habia juntado Carlos V, coronado, en fin, Emperador, Gerónimo Aleandro, nuncio del Papa, representó vivamente la necesidad de oponerse á los progresos del error, que de dia en dia se hacian mas rápidos, y amenazaban trastornar bien pronto todo el imperio; y como los sectarios habian esparcido por todas partes que la sentencia pontificia no tenia otro objeto que el interés del Papa y de la corte romana, hizo ver el nuncio que su doctrina impugnaba lo mas esencial de la Religion, y que no era menos contraria á la tranquilidad de los estados que á los derechos divinos de la gerarquía. A esta relacion, hecha con tanta elocuencia como precision, consternados los Príncipes y electores, iban á pronunciar inmediatamente contra Lutero; cuando su constante protector

Federico, elector de Sajonia, convino artificiosamente en el derecho con los otros, pero desvió el golpe deteniéndolos sobre el hecho. Dijo, que tratándose de proscribir, junto con esta horrible doctrina, al doctor Lutero, á quien suponian autor, exigia la equidad que se tratase de persuadirle antes de pasar mas adelante: que los escritos de que habian estracado aquellos errores, no serian tal vez suyos, y aun en caso de serlo, podrian muy bien haber sido insertados por algunos enemigos artificiosos, y que en todo caso era indispensable oírle antes de condenarle.

Aunque el nuncio Aleandro se esforzó en contradecirle, temiendo, con razon, que Lutero con sus sutilezas y el fuego de su elocuencia sorprenderia á unas gentes poco versadas en las controversias, el dictámen del duque Federico, que por la misma razon tenia mucha confianza de que se salvaria el sectario, prevaleció para con el Emperador, á cuya eleccion habia contribuido principalmente. Mas Carlos V, queriendo complacer tambien al nuncio, prometió que Lutero seria oído para saber de su propia boca si rehusaba retractar sus errores, y para hacer de este modo mas patente la justicia de su condenacion. Escribióle en efecto que se transfiriese á Worms, y le hizo pasar un salvo-conducto que firmó de su puño, y para mayor seguridad le hizo firmar tambien á todos los miembros de la dieta. Pusieron en él la condicion, de que el acusado no habia de dogmatizar en el camino; pero apenas estuvo en Erford, donde